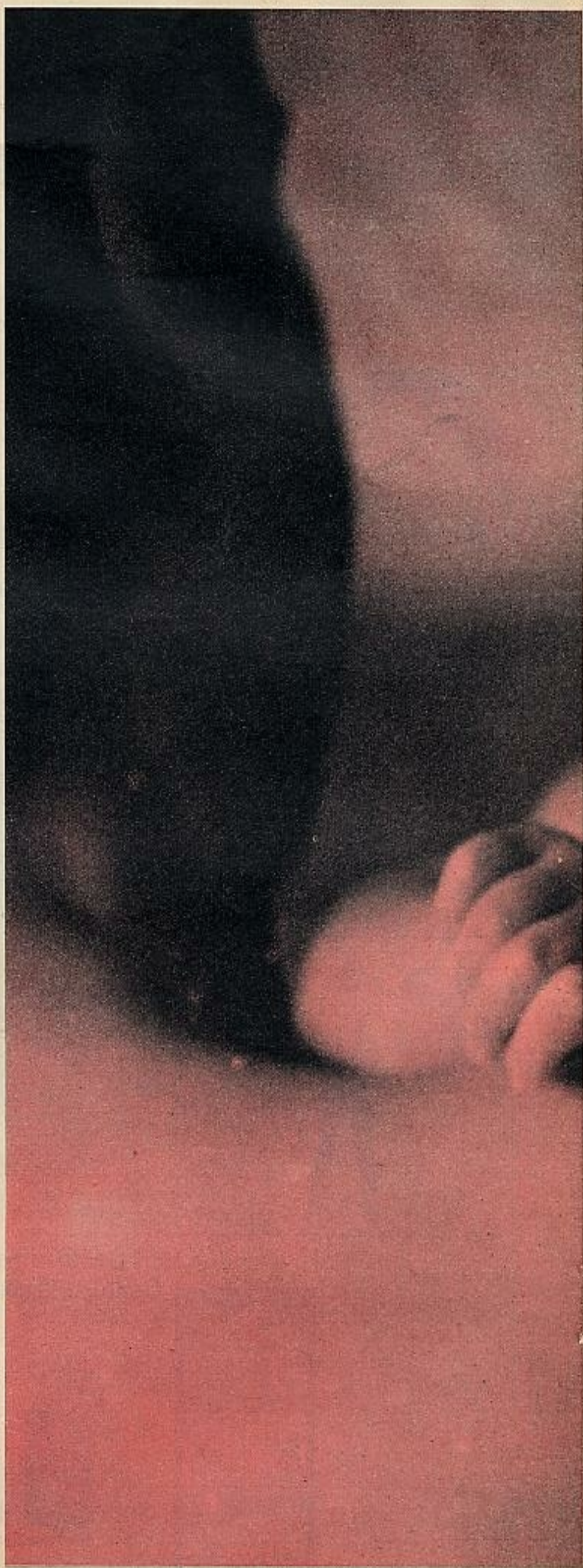


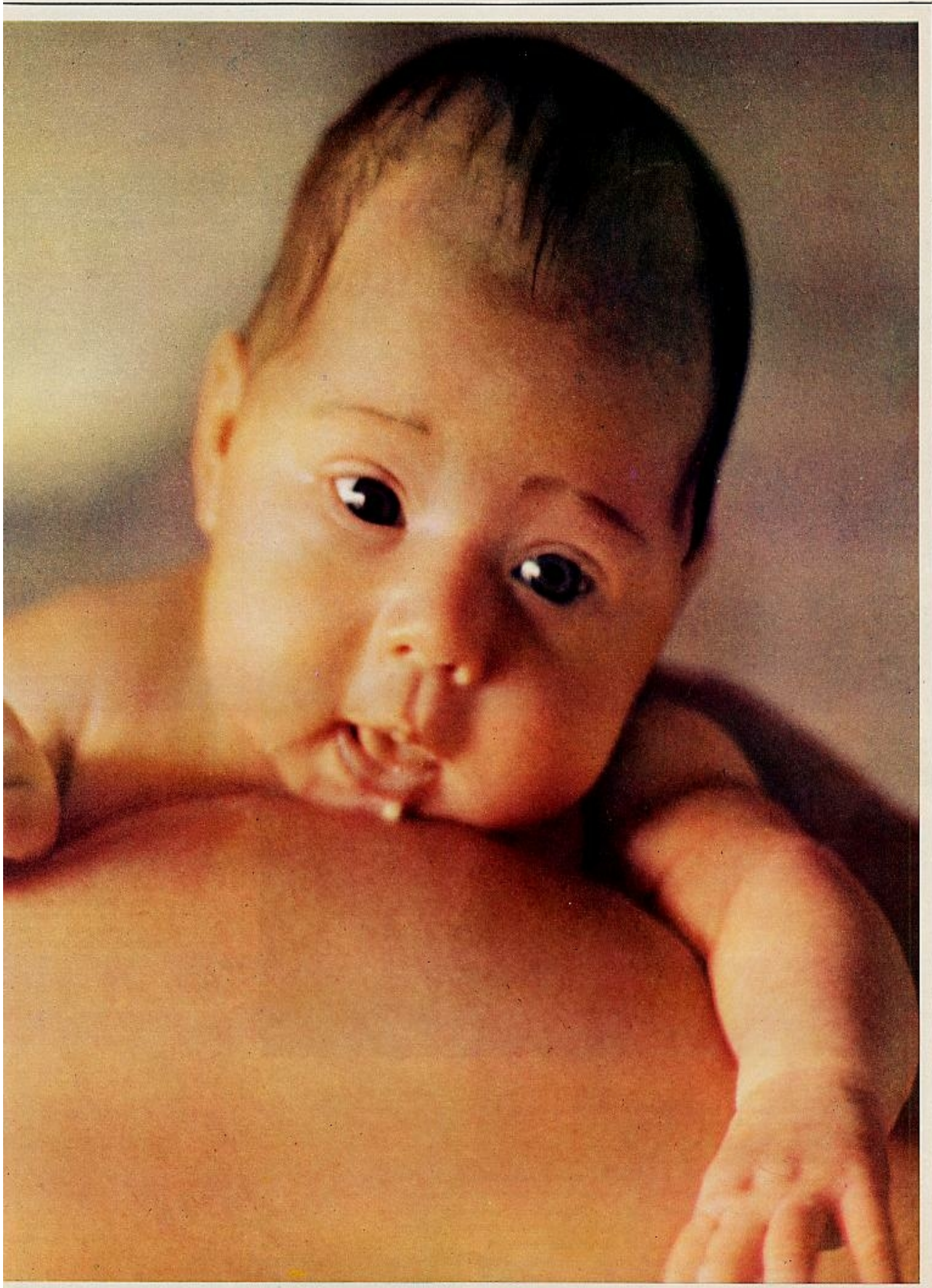


El recién nacido es el autócrata por excelencia.—

Desde el momento de su llegada impondrá a su madre su voluntad, sus necesidades y su imperiosa hambre. La vida de ella, su rutina e incluso sus relaciones con el marido puede que no sean ya iguales. Los años consagrados al cuidado del niño la enfrentarán con un dilema fundamental: el niño necesitará y exigirá implacablemente todo el amor y los cuidados que ella pueda proporcionarle; y aunque esta experiencia la enriquecerá, la madre puede sentirse resentida por los nuevos límites que el niño impondrá a su mundo. ¿Cómo puede prepararse para ser una madre? ¿Cómo puede comprender el absorbente mundo de su hijo: cómo le quiere y en qué forma advierte su incansable inteligencia la que ha sido llamada "enorme, sonora e inquieta confusión" del mundo exterior? En este informe, relativo a los críticos meses que median entre la concepción y el primer cumpleaños, Joy Scully habla sobre las nuevas ideas y las nuevas investigaciones que están cambiando radicalmente nuestras actitudes respecto del primer año de un niño, del año cero al año uno: un año decisivo...

EL PEQUEÑO DICTADOR





CERO MAS UNO: INFORME SOBRE EL PRIMER AÑO DE LA VIDA

Por JOY SCULLY



"El cerebro infantil no es una hoja de papel en blanco en la que se puede escribir todo".—Dr. W. Grey Walter.



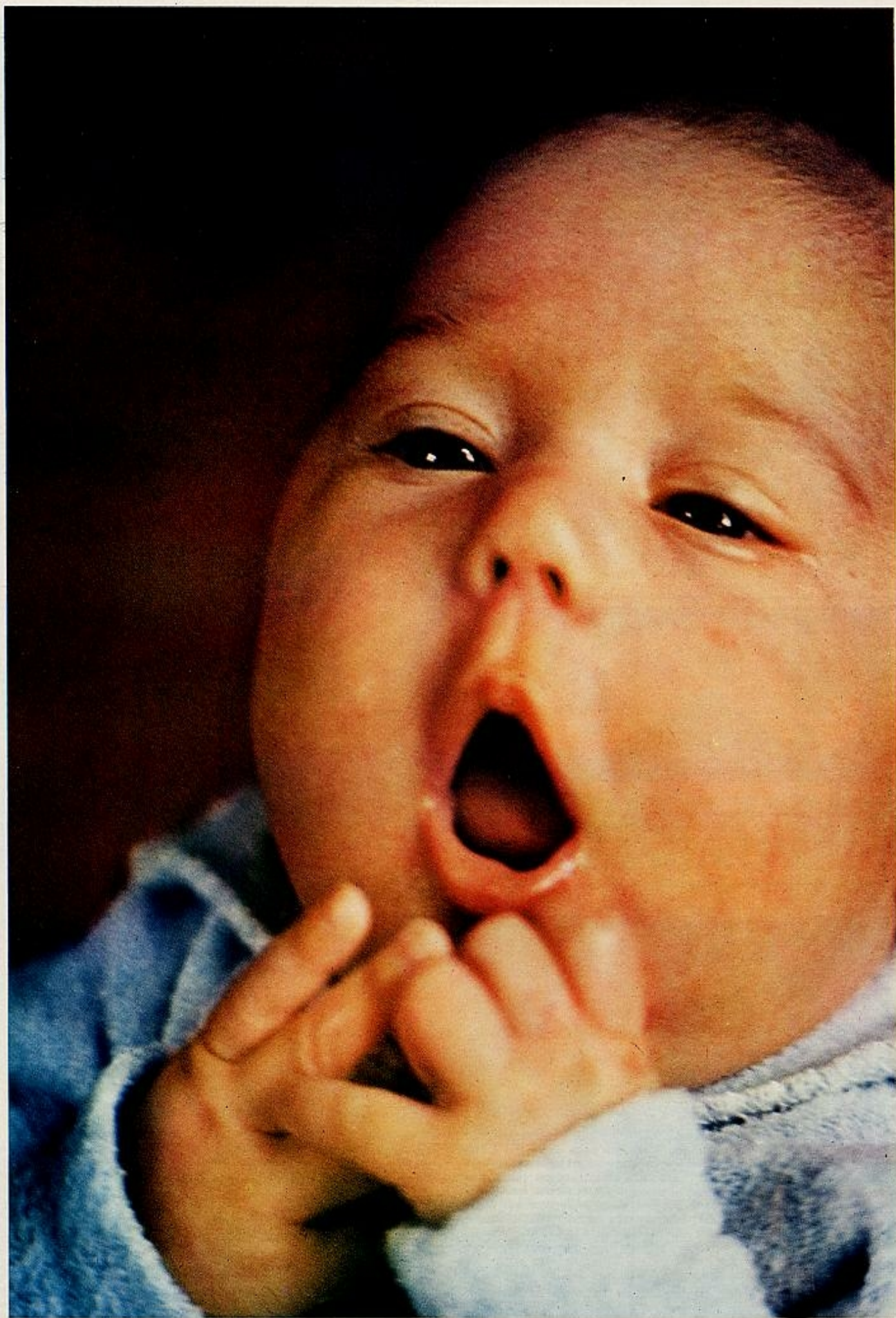
COMO VE UN NIÑO.—El mundo visual del niño de un mes se limita probablemente a su madre. A esta edad habrá establecido su primer contacto con los ojos de ella. Nuestra «recreación» de lo que él puede ver se basa en una extensa investigación realizada por pediatras y psicólogos. Los ojos del niño en esta fase de su vida no son capaces de operar al unísono para converger o variar su foco. Parecen ver mejor en el espacio comprendido entre las distancias de 1,80 metros y 3,70 metros: «la distancia de la madre». Dentro de este espacio, los ojos de la madre dominarán la experiencia visual del niño. De una manera menos viva reconocerá su boca, tranquilizadora y a menudo sonora, sus manos en movimiento y el pezón de su pecho (o la «teta» del biberón). El fondo será fundamentalmente brumoso y carente para él de significado. Puede advertir vagamente objetos intensamente coloreados próximos a sus ojos, como un juguete de color rojo brillante. Desde que nació ha tenido conciencia de grandes áreas de brillante luz (como la ventana de nuestra fotografía). Lo que vea y cómo lo vea estará relacionado con lo que oiga y sienta y la forma de oír y de sentir. La ausencia de cualquiera de estas facultades obstaculizará su capacidad para sentir al mundo en torno suyo.

¿Caos o cosmos? Gracias a una detallada observación diaria de la conducta —y especialmente del modo de aprender— de sus propios hijos, el psicólogo suizo Piaget respondió a su propia pregunta. El mundo que hay en torno de un recién nacido podría ser una mezcla carente de significado, de luz, oscuridad, sonido, olor, sensación y alarma si no fuera por el cuidado protector de su hogar que limita el número de estímulos que encuentra el niño, la naturaleza inmadura de su cerebro y de los órganos de los sentidos en el momento de nacer (que no registran completamente cada impresión calcidoscópica) y el hecho de que el término «caos» es solamente significativo para alguien que haya tenido una experiencia previa del orden. Para el recién nacido, ignorante de lo que está «fuera» y de lo que está «dentro», el mundo está simplemente allí y, como el montañero, acabará por dominarlo.

Durante muchos años, los psicólogos se han limitado a observar productos acabados de la conducta humana, tratando de deducir cómo se desarrolla el cerebro, pero en los últimos tiempos, especialmente desde la segunda guerra mundial, se han hecho grandes progresos en la observación de los mecanismos cerebrales, seleccionando y ampliando los impulsos eléctricos de la materia gris. El electroencefalograma —EEG—, una especie de fotografía «movida» de los ritmos cerebrales, ha proporcionado al doctor Grey Walter, del Instituto Neurológico de Bristol, una fascinante información acerca de la actividad cerebral.

La realización de EEG en niños recién nacidos ha demostrado que «el cerebro infantil no es una hoja de papel en blanco en la que se puede escribir todo. Todo está ya allí, pero los senderos cerebrales —las conexiones nerviosas— todavía no han quedado establecidos».

—Yo utilizo la metáfora del bosque en invierno —dice el doctor Grey Walter—, los árboles son un entramado de troncos, ramas y ramitas. Después, en la primavera, comienzan a crecer las hojas en todo ese entramado. Así



¿QUE ES UN NIÑO?

El recién nacido descrito por el doctor Peter M. Dunn, del Departamento de Salud Infantil de la Universidad de Bristol. Dibujos de Charles Pickard y Sydney Woods.



Como los niños son pequeños, relativamente débiles e incapaces de razonar inteligentemente, tendemos a considerarlos como seres indefensos y desprovistos de medios. No les hacemos justicia. Durante nueve meses, el feto vive una vida acuática y dependiente dentro del vientre de su madre. Después es lanzado abruptamente al mundo. Para sobrevivir tiene que aprender en un momento una serie diversa de tareas y funciones de las que no tenía una experiencia previa. Han de operarse cambios fundamentales en su circulación y tiene que aprender a respirar con sus pulmones, a chupar, a tragar, a estornudar y a excretar, a controlar su propia temperatura y a de-

OIDO: Se sabe que los niños reaccionan al sonido a partir de los tres o cuatro meses antes de su nacimiento. Después del parto, un ruido intenso provoca a menudo un estremecimiento general. Más tarde el niño mueve sus ojos y, posteriormente, su cabeza en la dirección de donde procede el sonido. Aunque sus respuestas puedan parecer idénticas al principio, posee en realidad una mayor facilidad para distinguir los diferentes sonidos y para aprender idiomas durante el primero y segundo año de su vida que en cualquier otro período posterior. Es, desde luego, vital que cualquier sordera presente en el nacimiento sea advertida y tratada tan pronto como sea posible. **VISION:** El niño comienza a aprender, desde el nacimiento, el empleo conjunto de ambos ojos. Las dos imágenes se superponen en su cerebro para formar una sola. En el caso del estrabismo, la imagen del ojo «perezoso» es suprimida y se puede llegar a perder eventualmente el uso de este ojo. Ocasionalmente se advierte un suave e intermitente estrabismo en el niño durante las primeras tres o cuatro semanas de vida. Un estrabis-

mo más marcado o persistente tendrá que ser inmediatamente atendido. La madre no debe «esperar y ver» qué pasa, creyendo que esta situación puede mejorar por sí misma espontáneamente.

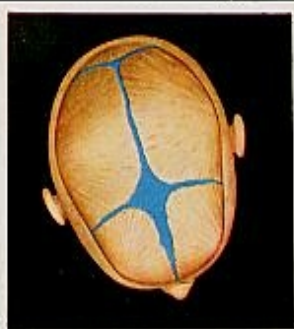
A veces, los pechos del recién nacido se ensanchan hacia el final de la primera semana o durante la segunda. Ocasionalmente, los pezones exudan un fluido claro que ha sido llamado «leche de brujas». Se cree que esta situación es provocada por la acción de las hormonas que impulsan a los pechos de la madre a producir leche. Los niños pueden verse afectados al igual que las niñas. Normalmente, esta exudación concluye sin tratamiento en una semana o dos. Resulta menos común el que el tejido del pecho se infecte e inflame. Esto es más probable que suceda si se oprimen o manosean los pechos. **ALIMENTACION:** El recién nacido ingiere grandes cantidades de leche. Utiliza el poderoso músculo del diafragma, entre el pecho y el abdomen, durante la respiración. Al respirar, el diafragma descendiendo y el contenido abdominal, ya escaso de espacio, se comprime aún más. Era costumbre colocar una faja en torno al ombligo después del nacimiento. Ya no se hace en atención

fenderse a sí mismo contra una lesión de gérmenes. La gran mayoría de los niños triunfa en esta misión aparentemente imposible sin un esfuerzo visible.

Como el niño no es capaz de pensar por sí mismo, las respuestas apropiadas para cada eventualidad han de quedar establecidas antes del nacimiento en una serie de reacciones y reflejos complejos, automáticos e integrados. Cuando examinamos la preparación que se exige a un astronauta para ser capaz de dominar el nuevo medio del espacio, sólo podemos maravillarnos ante la extraordinaria habilidad y ante las realizaciones de un niño en el momento de nacer. Por vital que pueda ser la con-

tribución de un niño a su propia supervivencia, el recién nacido requiere ayuda y dispone de una poderosa arma para llamar la atención sobre sus necesidades. El grito infantil posee una estridencia peculiar que es difícil de ignorar y que se torna más intensa y persistente si no se le atiende.

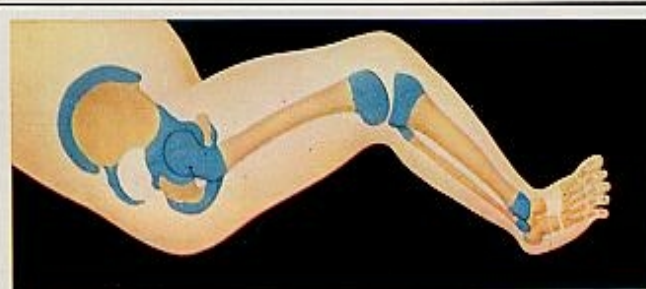
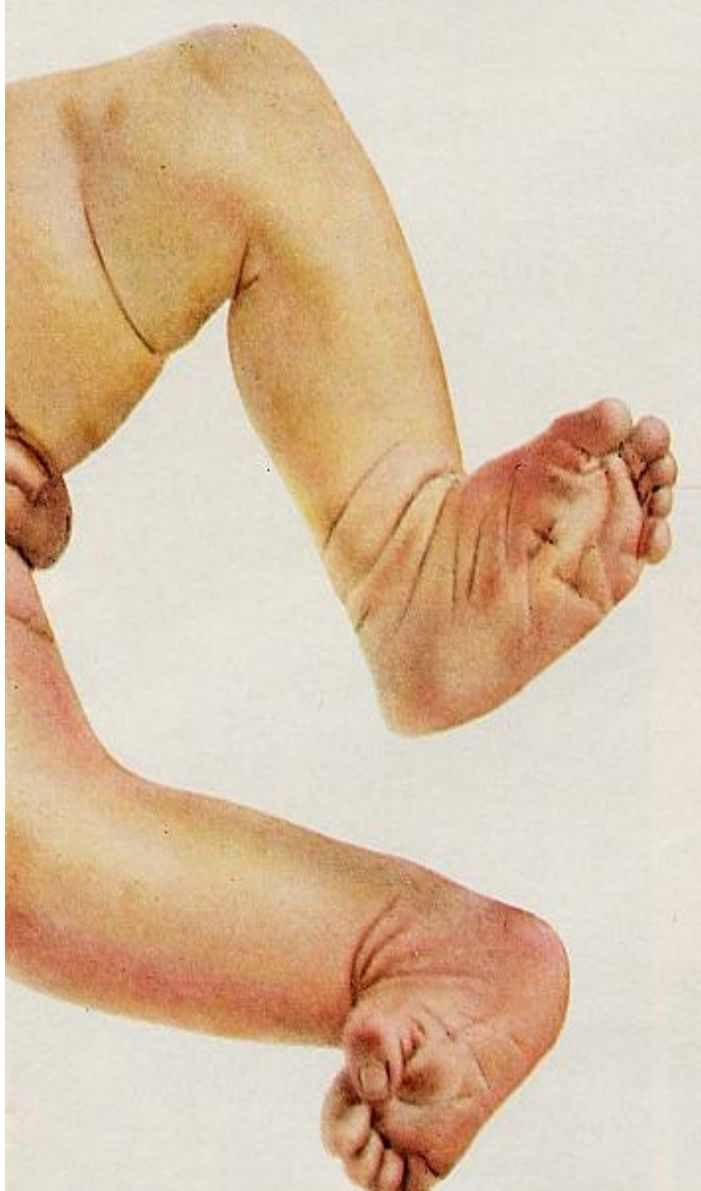
A las pocas semanas después del nacimiento ha aprendido ya a provocar los instintos maternos en la mayor parte de las mujeres. Mirando y sonriendo a los ojos de su madre, ejerce su voluntad y la convierte en su esclava, reforzando constantemente la adhesión emocional, tan importante para su sentido de la seguridad y subsiguiente desarrollo.



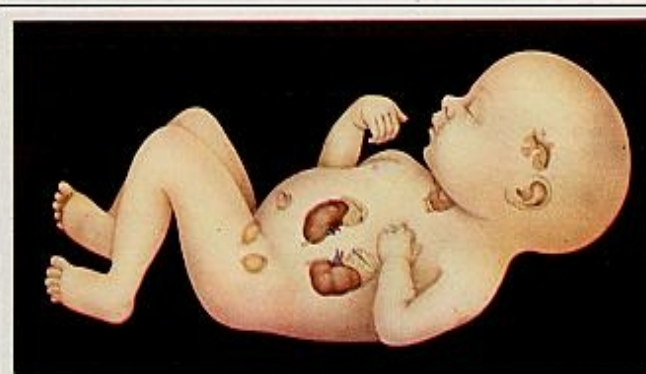
Los huesos del cráneo no forman una caja completamente rígida en torno al cerebro en el momento del nacimiento, como sucederá más tarde. Las diferentes placas óseas están separadas por espacios —las líneas de sutura y las fontanelas (las dos fontanelas aparecen en nuestro dibujo superior)—. Esta disposición permite el encaje de los huesos sin un excesivo sacrificio de su fuerza estructural y proporciona flexibilidad al cráneo. Esto es importante, porque el cerebro es, en el momento de nacer, el órgano más voluminoso y, desde luego, más vulnerable del niño. Si el cráneo fuese menos fuerte, el cerebro podría resultar dañado; si fuese más rígido, la cabeza podría experimentar dificultades para pasar a través del canal del nacimiento.



Cuando sienta el pecho de su madre contra su mejilla, el niño, hambriento, volverá su cabeza hasta que el pezón toque sus labios. Entonces, automáticamente, aferrará el pezón con su boca hasta que las encías capten el área pigmentada en torno de la base. Comenzará a mamar fuerte y rítmicamente, presionando con su lengua el tejido del pecho y del pezón contra la parte inferior de su boca. Los carrillos (ver dibujo) hacen más efectivo este proceso. La operación de mamar está coordinada con la de tragar y la de respirar a través de la nariz. Así resulta importante que las fosas nasales no se apoyen en el pecho. Las madres que amamantan a sus hijos pueden considerarse afortunadas si los dientes del niño no empiezan a aparecer hasta los seis meses.



Originalmente, todo el esqueleto humano está constituido por cartílagos. Gradualmente, cuando se convierten en huesos, resultan visibles a los rayos X. En el nacimiento, muchos huesos siguen siendo parcialmente cartilagosos. (En azul, en nuestro diagrama superior.) Estos hechos forman la base de un método para determinar, por medio de los rayos X, la edad del feto. Así, los médicos pueden decir si el niño está o no listo para nacer.



Las glándulas endocrinas, que envían directamente hormonas al torrente sanguíneo, son, en buena parte, responsables de la regulación del medio interno del niño. Funcionan en el momento del nacimiento. La glándula pituitaria, situada en el interior del cráneo, ejerce una influencia dominante sobre las demás glándulas y, a su vez, se halla influida por el cerebro. Las glándulas del tiroides y del paratiroides se encuentran en la garganta, mientras las adrenales o suprarrenales se hallan, como su nombre indica, encima de los riñones. Los testículos (u ovarios, en el caso de las niñas) determinan las características sexuales básicas durante el desarrollo del feto en el vientre materno. Más tarde son responsables de los cambios sexuales que se producen en la pubertad. (En este dibujo de Sydney Woods se muestran las posiciones de las glándulas pituitaria, tiroides y suprarrenales, al igual que las de los testículos.)

al peligro que supone restringir la respiración y provocar la regurgitación del alimento. **CADERA:** Un uno por ciento de los niños posee, en el momento del nacimiento, inestables articulaciones de la cadera. Típicamente, el niño nacido de esta manera es el primero de la familia y una niña; esta condición puede ser eliminada fácilmente si se trata al instante y durante breve tiempo con una tablilla ligera. Por esta razón se examinan cuidadosamente al nacer las caderas de los niños. Si no se hace así y no se advierte la afección, existe el peligro de que se produzca una completa dislocación de la cadera. **PIERNAS:** Sus músculos están bien desarrollados en el momento del nacimiento. El niño emplea su poderoso impulso antes del nacimiento para ejercitarse y cambiar de posición en el vientre materno. Los músculos de la garganta, la espalda y los brazos son relativamente débiles, aunque la capacidad de aferrarse con las manos constituye una excepción. El reflejo de aferrarse está aún mejor desarrollado en el mono recién nacido, que lo utiliza para agarrarse al pecho de su madre.



(Viene de la página 32)

se desarrolla el cerebro humano. Con la madurez se establecen algunas conexiones; otras, utilizadas rara vez o quizá nunca, desaparecen.

Veamos al recién nacido mamando. El instinto de succión le impulsa a aferrarse al pezón —un contacto en su mejilla le obligará a mover la cabeza y a chupar lo que le llegue a la boca—. Cuando sus mandíbulas entran en acción, la leche fluye. La leche tiene un olor. También lo tiene su madre. Ella posee, además, calor y textura; sus brazos le rodean y además ella murmura quedamente.

El niño chupa también su pulgar o el extremo de una manta, pero la leche no fluye. Faltan el olor, el calor y el sonido. En el cerebro se registra la presencia de todos los estímulos. Empiezan por constituir una serie de disparidades —pezón, leche, olor, calor, textura y sonido— que se juntan, pero el niño mama una y otra vez, y las disparidades dejan de serlo y el cerebro acepta su significado.

La asociación repetida de todos estos factores es aceptada como significativa y el niño reconoce el objeto. El horizonte se ensancha para abarcar los ojos de la madre, su sonrisa, su forma, y pronto leche no significa solamente madre. Madre significa leche. Se encadena la relación de causa y efecto. Yo tengo hambre. Aquí está quien me da la leche. Yo sé que me dará ahora lo que yo necesito. Yo puedo esperar hasta que ella me lo dé.

Cuando pasan unos meses y el niño coordina sus ojos y sus manos, experimenta con nuevos objetos. Lame, chupa, muerde, golpea, tira y, cuando llegue a formar asociaciones, probablemente desechará ese objeto, de momento, para consagrarse a algo más nuevo.

¿Cuántas veces hasta que confirmes su significado? «Todo llegará a su debido tiempo», dice el doctor Grey Walter, que ha construido una serie de ingeniosos «animales» electromecánicos para imitar los mecanismos del aprendizaje cerebral. Estos «animales», cuando se enfrentan con un nuevo objeto o situación, reaccionarán como si carecieran éstos de significado; el enfrentamiento se repetirá hasta que los «animales» lleguen a captar la situación. «Pero podemos ver cómo progresa esa captación, aunque la conducta del "animal" no nos proporcione la "clave". La asociación y su significado se afirman gradualmente, culminando en una reacción oportuna después de veinte o más experiencias».

"En un período relativamente corto y durante los primeros meses, la palabra devoción nos lleva exactamente hasta donde necesitamos ir..." —Doctor D. W. Winnicott.

Algunos psicoanalistas han igualado imaginativamente el trauma del nacimiento con la bíblica pérdida de la Gracia; el seguro calor y la alimentación sin esfuerzo del vientre materno tienen mucho en común con el Paraíso Terrenal.

Paraíso es una palabra que conviene para definir las últimas semanas de la vida fetal, pero la intensa presión que expelle al niño hacia nuestro mundo mortal podría equivaler a la mano de Dios si existiese una concepción real de sí mismo y de los otros que el recién nacido no posee.

La integración de la personalidad comienza a forjarse en el primer año, de tal forma que el niño de doce meses posee una definición aunque no siempre constante imagen de sí mismo como persona, separada de los demás y de las cosas que hay en torno de él y capaz de influir y de ser influida por esa gente y esas cosas.

El doctor Winnicott, pediatra y psiquiatra cuyas investigaciones en el crecimiento psicológico del niño le han hecho mundialmente famoso, mantiene que para la salud mental y el desarrollo emocional del nuevo ser durante sus primeros años es esencial una madre constantemente a su lado o alguien que revista este papel.

—La integración no es algo que se pueda dar por concedido; se trata de algo que es preciso desarrollar gradualmente en cada niño bajo condiciones que precisamente es la propia madre quien mejor facilita.

—La integración surge gradualmente de un estado primario de desintegración —ha escrito el doctor Winnicott—; es casi seguro que para el niño el descanso significa un retorno al estado de desintegración. Un retorno a la desintegración no resulta necesariamente aterrador para el niño por obra del sentido de seguridad que le proporciona la madre.

El niño recién nacido tiene solamente una noción muy ligera de los límites de su propio cuerpo. Algunos pediatras llegan a afirmar que carece virtualmente de esa noción. Pero la vida en el vientre materno no es estática, el feto se mueve y se ajusta por sí mismo a la disposición del cuerpo de su madre; cuando la

EL PEQUEÑO DICTADOR

madre descansa por la noche, el feto, apoyado en su espina dorsal, se mueve de un lado para otro hasta que se siente más cómodo y mantiene a su madre despierta durante todo este proceso. Se chupa un dedo en su cálida mano; oye el latido del corazón de su madre, y los sonidos de su aparato digestivo son como los de una cisterna que se extendiera en torno a sus oídos.

Sin embargo, el recién nacido tiene una idea muy imprecisa del Yo y del no-Yo. No aprende nada bueno ni saludable cuando se le deja deliberadamente que lllore por hambre o por dolor; así llegará a adoptar una existencia de solitario. El doctor John Bowlby, jefe de Psicología Infantil en el Instituto Tavistock de Relaciones Humanas, ha mostrado, en sus clásicos estudios sobre los niños tratados en ese centro, que tales pequeños se tornan cada vez más apáticos, incommunicativos e incapaces de recibir o de dar amor.

El niño normal de un hogar normal aprende a confiar en el mundo, a comunicarse con él y a que sea el mundo el que se acomode a su forma de pensar. Crea este mundo agradable en el interior de sí mismo con retazos del mundo exterior que su madre le lleva en los momentos oportunos. Como el pecho o el biberón que aparecen cuando empezaba a sentir hambre. La gráfica de la atracción de un niño hacia su madre se eleva agudamente en la segunda mitad del primer año; alcanza un máximo entre uno y cuatro años, y, a partir de entonces, comienza a disminuir gradualmente. Por eso muchos pediatras y psicólogos han advertido que los niños, antes de los seis o siete meses, no muestran tan duradero impacto emocional si son separados de sus madres en comparación con la reacción que ofrecen los niños de uno o dos años.

(«Espero que mi hija no pensará que estoy malcriando al niño». La hija ha vuelto a casa desde el extranjero y ha dejado en casa a su niño de cinco meses en compañía de la abuela, mientras ella sale a distraerse. «No lloró cuando su madre salió, pero ahora cada vez que salgo yo de la habitación llora». El niño, que había aprendido lo suficiente como para esperar la constante presencia de su madre, ha advertido que ella puede fallarle. Ha transferido su capacidad de adhesión a la abuela, pero ahora teme que la terrible privación se produzca de nuevo.)

No conviene nunca minimizar la necesidad que de su madre experimenta el niño pequeño; especialmente, la capacidad de amar con intensidad, de experimentar un sentimiento de culpa o de pena y el deseo de efectuar la correspondiente reparación.

El niño que crece se identifica con su madre de una manera bastante primitiva, esperando y exigiendo que ella vea las cosas del mismo modo. Al mismo tiempo, empieza a percibir que el objeto de este acoso —especialmente cuando llega el momento de alimentarse— es también el objeto de una necesidad. Siente ansiedad respecto de la naturaleza agresiva de sus demandas sobre la madre y en sus momentos más tranquilos concibe una nueva necesidad: la de aproximarse a ella y compensarla con su cariño. El equivalente del «lo siento» de los adultos es formulado por los niños con diversos actos mucho antes de que puedan articular estas palabras.

"Los niños negros y los de las Indias Occidentales son más maduros en su desarrollo motor tras el nacimiento que los niños blancos".
Doctor Roger Robinson.

El doctor Robinson, del Hospital Hammersmith, y el doctor Edward Brett, del Hospital de Great Ormond Street, han realizado una serie de pruebas sobre reflejos físicos en niños de padres blancos y en niños de padres de color, y sus descubrimientos corroboran otras experiencias anteriores.

Los «tests» de reflejos se realizan en el segundo o tercer día después del nacimiento, cuando el niño ha retornado a una condición estable (los niños de color llegan a esta fase mucho antes que los blancos), y la ventaja del desarrollo motor de los niños de color sobre los niños blancos se prolonga a lo largo de todo el primer año. «La mayor parte de los niños negros —dice el doctor Robinson— andan antes del año; la media de edad a la que los niños blancos empiezan a andar solos está en los catorce meses». Esta ventaja tiende a disminuir a partir del año, pero es difícil decir si tal disminución es debida al hecho de que los niños de color estudiados en este país proceden, a menudo, de un ambiente empobrecido —madres que trabajan, atenciones inadecuadas, falta de estímulos—, o porque las pruebas de desarrollo motor entre los dos y los siete años están compensadas considerablemente con otras pruebas en las que se somete a «test» la capacidad verbal. El «test» Wechsler de inteligencia,



cuyo uso está muy extendido en la Gran Bretaña, no muestra ya ninguna ventaja de los niños negros sobre los blancos.

La falta de oxígeno en un grado más o menos intenso, que se produce incluso en el parto normal, provoca entre los padres relativamente informados alguna alarma. Neville Butler, profesor de Salud Infantil de la Universidad de Bristol y director de una investigación masiva realizada en Inglaterra sobre los niños nacidos en 1958 (Estudio Nacional sobre el Desarrollo Infantil), advierte que cuando 15.000 de estos niños fueron sometidos a diversas pruebas a los siete años de edad se averiguó que la dificultad en el parto (a excepción de los casos de grandes complicaciones) constituía exclusivamente un factor de pequeña importancia en la determinación del nivel de desarrollo del niño.

Durante el parto, el cerebro del niño puede soportar, sin experimentar un daño temporal, una privación de oxígeno que sería desastrosa para un adulto; el recién nacido posee un mecanismo de supervivencia que puede, a menudo, permitirle soportar bajos períodos de oxigenación durante un período limitado.

—Se sabe que el desarrollo normal se produce después del parto —ha dicho el profesor Butler—, y que la mayor parte de las complicaciones del embarazo y del mismo parto desempeñan un papel mucho menos importante del que se creía en la aparición de retrasos psicológicos y físicos que los factores heredados o posteriores al parto. Esto, desde luego, no es cierto en los grupos extremos, como el de los niños deficientemente alimentados en el vientre materno o el de los prematuros; pero un medio social y cultural empobrecido que puede haber influido también durante el embarazo en términos de escasa nutrición e inadecuados cuidados maternos, será normalmente el factor más importante en el desarrollo del niño.

Existen muchos mecanismos que salvaguardan al niño durante el parto y en el espacio de tiempo que inmediatamente le sigue. Pocas horas después del nacimiento se puede realizar una operación abdominal con una anestesia mínima. Las incisiones quirúrgicas que provocarían en un adulto consciente la pérdida del conocimiento, no parecen afectar al niño.

En el vientre materno la naturaleza trata de asegurarse para que el embrión crezca incluso a expensas de la nutrición de la madre, lo que constituye una garantía contra la deficiente nutrición del niño nonato. En el niño mayor, una escasez de calorías y proteínas mata o debilita su desarrollo. En el muy pequeño, una dieta insuficiente (tal como parecen haber revelado los experi-

mentos sobre animales) en una edad crítica puede conducir al «encanijamiento» permanente.

El «reloj biológico» transmitido genéticamente, que determina «periodos favorables» para el desarrollo físico, es también, según se cree, el que determina el momento del progreso intelectual y, de acuerdo con una teoría, la falta de un medio ambiente en un período favorable del crecimiento, por ejemplo, una falta de respuesta de los adultos y los estímulos durante la fase predeterminada en la que un niño ha de aprender a hablar, puede provocar una continua dificultad e incluso un retraso en la expresión verbal.

Los psiquiatras están explorando también la posibilidad de que graves perturbaciones emocionales puedan provocar el «encanijamiento» físico.

Es indudable que, en todas las edades de crecimiento, el medio ambiente debe facilitar la materia prima para el desarrollo —el espacio en que moverse, andar y correr, una diversidad de objetos que manejar, una comunicación personal y significativa desde los primeros días—.

El Informe Perinatal del National Birthday Trust Fund, realizado sobre 17.000 recién nacidos, ha demostrado, más allá de toda duda, la ventaja de un medio ambiente privilegiado. La longitud óptima del embarazo en términos de máximas posibilidades de supervivencia del niño fue determinada entre los doscientos setenta y los doscientos noventa días, desde el primer día del último período menstrual, y la mayor proporción de niños nacidos en ese espacio procede de grupos elevados en términos económicos; niños cuyos padres eran técnicos o profesionales.

El peso fetal más favorable al desarrollo —entre los 3.175 y los 4.050 gramos en el momento del nacimiento— y la gestación de doscientos ochenta días por término medio era más común en esos mismos estratos sociales, y presentaban también una correlación estadística con las madres no fumadoras, los nacimientos únicos y las normales presiones sanguíneas de la madre durante el embarazo.

«Me encanta ver cómo progresa su lenguaje, hablar con ella y contemplar sus juegos», ha dicho la esposa de un investigador químico.

El hito de la primera palabra, cargada de promesas e intereses, surge en torno a los nueve me-

ses, pero es un poco decepcionante comprender que *mamá*, *nana* o *lala* no son palabras «aprendidas» en su verdadero sentido, son sonidos que brotan automáticamente del niño en el curso de los gritos que emite para manifestar su falta de comodidad o que vocaliza confortablemente tras haber sido alimentado. Los gritos característicos de hambre son el *mamá* o el *nana*. En una situación incómoda, el niño tiende a emitir gritos como *papá*, entremezclados por un ocasional *mamá* o *nana*.

M. M. Lewis, en su libro «Lenguaje, pensamiento y personalidad en la infancia», escribe: «De estas raíces primarias parte un proceso de extensión; el niño llegará a decir *mamá* en otras situaciones de desagrado que no sean la del hambre y en otras fases de contenido distintas de la de la saciedad. Entonces, fuera de este amplio rango de situaciones, se desarrolla una reducción en el uso de la palabra. Esta, por ejemplo, comienza a tener un efecto manipulativo cuando el niño la utiliza urgentemente en un momento de necesidad y su madre acude en su ayuda. Sólo a través de un largo curso de experiencias variadas, a través de repetidas vocalizaciones de la palabra y de evocar una respuesta, escuchando la palabra y respondiendo a ella el niño llega a comprender que esa palabra es el nombre de su madre».

El niño que se ve rodeado por la ruidosa Babel de una familia numerosa hace menos progresos en el proceso de proporcionar un significado a sus balbuceos. Por el contrario, son mayores los progresos que realiza el niño que tiene la atención concentrada en su madre. La comunicación personal y significativa con uno o dos adultos es la que espolea al niño a responder y a seleccionar por imitación los grupos de sonidos que poseen un significado específico. Las niñas, por término medio, hablan antes (algunas hasta con un progreso de cinco meses) y poseen un vocabulario más amplio que el de los niños.

La mayor parte de los padres, aunque entusiasmados con la evidencia de la madurez verbal de sus hijos, no utilizan el recurso del lenguaje para aliviar algunas de las crisis emocionales del niño.

La doctora Mary Sheridan, del Guy's Hospital, que ha dedicado toda su vida al estudio del desarrollo infantil, retrata así el efecto de la «pelusa» ante la llegada de un nuevo hermano o hermana: «El desamparo que experimenta el primer nacido, y que viene implícito con el nacimiento de un nuevo niño, es muy difícil de soportar. Puede ser casi insostenible si el segundo niño llega demasiado pronto, antes de que el primero pueda hablar y comprender suficientemente».

El temor del niño a ser desplazado por el nacimiento de un hermano —aunque los padres le hayan preparado para este momento cuidadosa e inteligentemente— es considerablemente mayor en el niño que no puede comprender, a través de unas garantías verbales, que su lugar en la familia no está amenazado.

«Nosotros estamos preparados para comprender y hacer concesiones ante las rabietas y patalatas de un niño de dieciocho meses que, repentinamente, se ve privado de su madre y conducido al hospital, pero el resentimiento y la angustia de ese mismo niño al que, de repente, se le presenta un rival y usurpador en su misma casa es frecuentemente subestimado», señala la doctora Sheridan.

El niño de tres años puede haber sido llevado ya a un «kindergarten» meses antes del nuevo nacimiento. Si ha de ir a un «Jardín de la infancia» debe ir antes de que llegue su hermano al mundo. Empieza así a tener sus intereses propios, y se muestra capaz de tolerar la separación de su madre durante breves períodos diarios, de tal manera que la atención de ella hacia el recién nacido le resultará menos dolorosa.

A muchas madres les entusiasma «acabar con el asunto de los niños» en unos pocos años. También hay otras que, confundidas por la relativa facilidad de los cuidados que exige un niño entre los cinco y los nueve o diez meses, cuando sus demandas no son tan urgentes, porque no ha alcanzado la fase en que comienza a manifestar deseos de andar, se precipitan en un segundo embarazo sólo para descubrir que aquel niño modelo se ha convertido en un ser turbulento e inquieto. Limitar todos los factores perturbadores en la vida de un niño —si es que eso fuera posible— tendría por resultado probablemente el crearle una disminuida capacidad para enfrentarse con situaciones difíciles, para disfrutar de las relaciones personales. Pero en una época en que la familia de dos niños se está convirtiendo cada vez más en la norma general, es más conveniente considerar el espaciamiento entre los dos niños.

El juego es muy importante en la vida de los niños pequeños, ejercita los sentidos, constituye una práctica de los mecanismos motores, desarrolla los movimientos del cuerpo y da sentido de la forma y distancia.

EL PEQUEÑO DICTADOR

La importancia del juego en la vida de los niños muy pequeños se ha tornado cada vez más evidente en los últimos años. El niño de tres meses juega con sus propios dedos, el de cuatro meses trata de agitar su sonajero, el niño de nueve meses se entusiasma con la tarea de arrugar un pedazo de papel, el de más edad dedica buena parte de sus energías a montar un objeto sobre otro. Todas estas manifestaciones son evidencias del inmenso placer, satisfacción y desarrollo mental que los niños obtienen del juego.

El juego ejercita los sentidos. Constituye una práctica de los mecanismos motores; desarrolla los sentidos cinestésicos (movimientos del cuerpo), espaciales (forma y distancia). A este respecto, resulta significativo el lanzamiento de objetos. Veamos cómo se comporta en su «leoneo» un niño de un año: una lluvia de objetos cae a sus espaldas; está lanzando un juguete tras otro por encima de su hombro. Puede que esta tarea tenga un propósito, que esté buscando algo especial en lo más hondo de su cajón de juguetes. Pero tanto si es así como si no lo es, no se concentrará en un juguete determinado. Para él es suficiente el frenesí de la actividad, el delicioso poder de la acción positiva, el estruendo de los juguetes aterrizando violentamente, el derecho de posesión sobre todo lo que se encuentra en su propio dominio.

Piaget advierte también un significativo desarrollo psicológico en el hábito de lanzar objetos. El niño juega con su caballo de madera. Lo muerde, lo chupa, lo oprime contra una superficie dura y disfruta produciendo chirridos, y después lo lanza deliberadamente y grita a alguien para que se lo coja, y el juego empieza así una y otra vez.

La habilidad para «conservar» el objeto en su mente, incluso si ha caído fuera de su campo de visión, es la primera evidencia del desarrollo de la capacidad de retención. Para el niño muy pequeño, todo objeto que no esté a la vista, no existe; lo que ha desaparecido bajo un almohadón simplemente, ya no está allí.

Antes de que el niño celebre su primer cumpleaños, los padres advierten, normalmente, algún indicio de las tendencias de la retención. Cuando comienza a arrastrarse el valor emocional de la capacidad para creer en los objetos ausentes le permite alejarse de su madre y penetrar en otra habitación, sin temer que ella pueda desaparecer durante todo este proceso.

Naturalmente, el niño que comienza a arrastrarse regresará a menudo para comprobar la tranquilizadora realidad de su madre y gritará patéticamente si una puerta se ha cerrado mientras

tanto entre los dos, pero él puede resistir cortos periodos de separación con tal de que la habitación en la que haya irrumpido le resulte familiar.

La retención conduce a otro razonamiento concreto —como el reconocimiento de que la bola de plastilina, enrollada como una salchicha, sigue siendo la misma cantidad de plastilina—.

Los juguetes diseñados con un propósito particular, especialmente cuando están graduados para la edad del niño, son precisamente los más adecuados o, por lo menos, pretenden serlo.

La doctora Mary Sheridan nos cuenta a este propósito una reveladora historia acerca de tales juguetes:

—Fui a un «kindergarten» para niños retrasados y vi a una niña jugando con un montón de objetos de diferentes piezas y tamaños. «¿Qué está haciendo?», pregunté. Inmediatamente me respondieron que estaba aprendiendo a diferenciar formas y tamaños. Mete los cilindros en los agujeros y junta los triángulos para formar cuadriláteros.

»Desde luego, la niña se hubiera conducido de mejor manera con una vajilla de juguete, manejando platos, vasos y cucharillas. Podía haber aprendido también las palabras que sirven para designarlos y la conducta social apropiada, y haberse divertido, además, jugando a servir un té a otras niñas.

En el medio ambiente habitual de un hogar existen los elementos necesarios para dar ocupación y poner en práctica todas las capacidades de un niño, con tal de que a éste se le permita acceder libremente a ese medio. Jugará feliz con unas pinzas de madera para la ropa, pero lo que realmente desea conseguir es el bote de los polvos de talco y el tubo de la pasta dentífrica. El juego no es una simple diversión para niños pequeños; es un trabajo de aprendizaje de la vida, de toda la vida. El niño aprende en todos los frentes por repetición y por la constante imitación de actividades significativas.

Se ha dado gran publicidad al método americano Dolman de lectura, con el que los niños de un año a dieciocho meses aprenden a «leer», pero esta separación del aprendizaje específico de toda la experiencia vital no es necesariamente una buena cosa. Los niños pueden aprender a leer de la misma manera que los periquitos hablan, sin comprender nada del significado de lo que dicen.

En resumen, si el medio ambiente del hogar es suficiente y el niño lo comparte, la doctora Sheridan cree que no vale la pena acelerar su aprendizaje en determinadas áreas. La mayor parte de los niños de tres años que crecen en una atmósfera de libros y periódicos desearán leer, y la madre o la maestra del «kinder-

garten» les presentará letras y palabras, pero no representaría para ellos ninguna ventaja el hecho de que los padres traten de acelerar este proceso y de enseñarles a leer antes del momento en que los niños tengan esa necesidad.

La sexualidad infantil desde un punto de vista científico.

Los descubrimientos de Freud sobre la sexualidad infantil y el complejo de Edipo, horrorizaron a la refinada sociedad del siglo XIX. Nos gusta pensar que somos hoy más abiertos de espíritu, pero en una fecha tan reciente como 1967, el doctor Spock señaló en un artículo que no le agradaba insistir en los primeros aspectos sexuales de la vida, porque provocaba en muchos padres excitadoras perturbaciones emocionales que dificultaban la aceptación de su consejo.

En su estudio sobre los niños de cuatro años de una comunidad urbana, John y Elizabeth Newsom advirtieron, incluso en los padres más «modernos», una curiosa actitud ambivalente hacia la sexualidad infantil: «Aunque muchas madres hacen preceder a sus observaciones de palabras como «natural», «normal» o «sencillamente inocente», sólo una pequeña proporción está preparada para considerar el juego genital y aceptable».

«Las madres pertenecientes a la clase de los profesionales tratan de neutralizar el interés sexual «dejándolo al descubierto» y convirtiéndolo en parte de su propia relación con el niño, en una atmósfera de control y de supervisión, indirectos pero efectivos».

Desde luego, todo depende de lo que usted quiera decir al referirse al sexo. Los freudianos señalan que en el primer año de vida la sexualidad es fundamentalmente no genital, queriendo decir que las experiencias orales y anales contienen, para el niño, los inconfundibles elementos de la excitación sexual.

Sería un error, sin embargo, creer que no están presentes en el primer año la curiosidad genital y un sentido de la especial naturaleza de la zona genital.

Es posible que durante el primer año las circunstancias familiares desempeñen un papel en el desarrollo de la curiosidad genital.

El síndrome clásico del sentimiento de castración, tan a me-

nudo manifestado en los sueños y dibujos de los niños perturbados, constituyen una parte normal de la niñez. Resulta improbable que el niño pequeño se muestre consciente de la naturaleza edipal de su amor por la madre o, si se trata de una niña, de su amor por el padre. Durante el segundo y tercer años, este amor puede ser profundamente romántico en su expresión, pero en el primer año tiende a ser mucho más primitivo y exigente.

«Jessey» no era tan buena madre como «Lulu». Saltaba de cuerda en cuerda y se colgaba con el rabo de los trapecios sin importarle el retoño que se aferraba a ella desesperadamente». «Hombre y mono», de Leonard Williams.

Las madres, a menudo se sienten de la vulnerabilidad de sus emociones en las primeras seis semanas de vida de sus niños. La presión de tener que reaccionar tan completamente a las necesidades de otro ser, indefenso y totalmente dependiente de ella, le parece irrazonable.

Puede resultar alarmante, a la mujer inteligente que ha estudiado una carrera o que posee en la vida unos intereses intelectuales, advertir que ella no constituye una persona separada para su hijo. Cuando el niño crece y absorbe implacablemente en sí mismo todo lo que necesita, la madre puede llegar a comprender que muchas de las buenas cosas de la vida que el niño desea para sí son pedazos de su propia identidad. Como un pequeño canibal, convencido de que puede adquirir la «magia» de su enemigo, comiéndoselo, el retoño humano devora el cuidado y la devoción de su madre y escupe los pedazos que no quiere.

La madre madura puede soporitar este proceso (que continúa mucho más allá del primer año); sabe que es una persona separada, con necesidades e intereses distintos y que a medida que pase el tiempo el niño llegará a reconocerlo. La madre que posea un escaso sentido de la auto-identidad puede estar preparada para enterarse a sí misma en la vida de su hijo, pero no está normalmente dispuesta a permitirle que se vaya cuando llegue el momento. No preservando su propia identidad, a través de los años consagrados al cuidado del niño, la madre corre el riesgo de abandonarse a sí misma para encontrarse con una personalidad disminuida al final de ese espacio de tiempo y a dejar a su niño con una menoscabada capacidad



Nuestro banco cree en los derechos de la mujer. Y lo demuestra.

En el Banco de Bilbao existen muchos servicios, pensados especialmente para facilitar la vida de la mujer, cualquiera que sea su ocupación y sus ingresos (como lo son en esta fotografía).

En cada una de nuestras 265 oficinas (fíjese si debemos estar cerca de su casa o lugar de trabajo) Ud. siempre encontrará los servicios más indicados a sus medios e intereses, tanto si nos confía sus pequeños ahorros para hacerlos producir al máximo, como si desea que le guardemos sus joyas de gran

valor o quiere consejo para efectuar operaciones financieras.

Venga a vernos. Le demostraremos que cuando el Banco de Bilbao dice que «cree en los derechos de la mujer», no está haciendo tan solo una frase publicitaria.

BANCO DE BILBAO
cree en los derechos de la mujer



EL PEQUEÑO DICTADOR



para reconocer las necesidades y derechos de los demás.

La nueva ciencia de la etología, mediante la cual se observa a los animales en su medio natural y en la que los descubrimientos acerca de las tendencias y comportamientos pueden relacionarse con las raíces del desarrollo humano, ha facilitado una nueva comprensión de alguno de los rompecabezas de la naturaleza del hombre.

El impecable estudio de Konrad Lorenz sobre el ganso silvestre de Europa, con sus inconfundibles insinuaciones acerca de la agresión entre miembros de una misma especie, ha abierto paso a una nueva actitud hacia la manifestación del conflicto humano.

Otras observaciones sobre la conducta de las aves han conducido a interesantes hallazgos sobre el comportamiento de los niños recién nacidos. Se sabe que los pollitos responden al primer sonido o movimiento tras salir del cascarón, identificándolo como procedente de su madre.

Conocido el valor de estos estudios objetivos sobre el comportamiento animal, pocos serán los padres que puedan creer que el progreso consciente de sus niños es de naturaleza inmaterial. Las actitudes maternas en los primates más desarrollados constituyen una fructífera zona de comparación.

Se ha llegado a descubrir que el sentimiento maternal no constituye un cociente fijo. Una cabra a la que se priva de una de sus dos crías la rechazará cuando se le devuelva.

Y es evidente que las madres, cuando están separadas de sus niños, por una estancia en el hospital o por algún otro accidente, experimentan dificultades al restablecer después la relación madre-niño.

Las investigaciones realizadas a lo largo de su vida por el doctor Bowlby, acerca de las situaciones de separación, han hecho probablemente más por suprimir los estados de infelicidad que cualquier otro avance en el campo de las relaciones humanas.

Sólo en los últimos años hemos sabido a nuestra costa cuán serias y grandes pueden ser las consecuencias de la privación maternal. El doctor Bowlby no llega a decir que las madres temporalmente separadas de sus hijos se conducirán como la cabra del ejemplo, pero afirma que el sentimiento maternal es algo que disminuye o crece según la proximidad de la madre a su niño. Insiste en que la interrupción de la relación, en un período crítico, no resulta fácil de reparar.

Leonard Williams, en su delicioso libro acerca de la colonia de monos lanudos que estableció en Murrayton House, en Cornualles, advierte sobre los grados de diferenciación de cuidado maternal que fue capaz de apreciar.

«Lulu» y «Jessy» eran ambas monas del primer grupo —traídas de su ambiente nativo en una fase avanzada de su desarrollo— y ambas coincidieron y parieron retoños sanos.

«Lulu» era una madre perfecta, atenta a su retoño, «Charlie», en todo momento. «Charlie» tuvo un contacto continuo con su madre desde el momento del nacimiento hasta los dos meses de edad. Mamaba y sujetaba el pezón en su boca tan a menudo y durante tanto tiempo como él quería, e incluso a los nueve meses de edad jamás estaba lejos de «Lulu». «Charlie» vigilaba y aprendía a comportarse correctamente respecto de los adultos, absorbiendo la estructura de la conducta social y biológica de la colonia.

«Jessy» era una mona de muy diferente «pasta». No presentaba la misma madurez y, desde luego, era incapaz de proporcionar a su retoño, «Tina», los cuidados y atenciones que «Charlie» obtenía de manera tan natural de «Lulu». «Podemos tener la seguridad de que el desarrollo de «Tina» se vio obstaculizado por el comportamiento de adolescente de «Jessy»: «Charlie» fue impulsado a desarrollarse en la seguridad de que «Lulu» estaba siempre allí para vigilarle y ayudarle, siempre que fuera necesario. «Jessy», incansable y excitable, concedió a su hijo escaso tiempo para hacerse independiente. «Charlie» saltaba frecuentemente a la espalda de «Lulu» a las dos semanas de su nacimiento. «Tina», más alta y de mayor peso en el momento de nacer, apenas conseguía realizar esta maniobra a las cinco semanas de edad».

Algunas personas parecen haber nacido para representar un buen papel como seres humanos. Otras están abocadas a caer, más pronto o más tarde, en la inestabilidad neurótica.

Cualquiera que sea el beneficio de la naturaleza, resulta claro que la salud mental de la sociedad depende de la calidad de los cuidados maternos que cada individuo recibe y que este precioso cuidado maternal debe ser protegido y animado. Tal vez el doctor Lendon H. Smith, un pediatra americano, no exagera cuando advierte: «Tengo la impresión de que los padres más convenientes son aquellos que son estables, seguros, cálidos, amistosos, de una inteligencia, por lo menos, media y los que no se ven abrumados por excesivas anomalías genéticas. Si usted es recelosa, fría, suspicaz y tiene un escaso sentido del humor, le sugiero que limite su familia simplemente a su marido».

Por otra parte, se sabe de personas frías y suspicaces que se han tornado generosas y entusiasmadas bajo la influencia de un niño en la casa. ■ © Observer-Transworld.

INMINENTE
EL
CONCURSO
MAS
IMPORTANTE
DEL AÑO
EN
triumfo
fabulosa
lista
de
premios